

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

**DE HIJO BLANCO DE LA NOCHE,
SE HA DICHO...**

«Esta tenebrosa aventura con ecos del mejor Sánchez Piñol casi consigue que duerma con un cuchillo bajo la almohada. Juan González Mesa ha demostrado una evolución apabullante a la hora de tejer pesadillas».

JESÚS CAÑADAS, autor de *Dientes rojos*
y *Las tres muertes de Fermín Salvochea*

«Juan escribe una novela buena, una mala, una buena, una mala. Esta es cojonuda».

SO BLONDE, autora y reseñadora

«Una fascinante ucronía que dibuja un nuevo orden mundial sometido por el poder del vudú: aventura, alta política, espías, zombis, espíritus loa, dirigibles, batallas navales y terrestres, criaturas sobrenaturales, personajes carismáticos, una narración trepidante y mucho, mucho más; sin duda, una de las lecturas imprescindibles para este 2023».

MARIANO VILLARREAL, administrador
del blog *Literatura Fantástica*

«Juan González Mesa logra la nada sencilla proeza de crear un mundo tan absorbente y preciso como su prosa. Una fascinante ucronía imperdible para cualquier amante de la literatura, las aventuras o la historia».

MARÍA ZARAGOZA, escritora y guionista

«*Hijo blanco de la noche* es una aventura que funciona como un ritual vudú: te atrapa con el ritmo de los tambores hasta llevarte al trance».

ALBERTO CALIANI

«Una seductora combinación de religión y magia, con la que Juan González Mesa da un giro apasionante a las historias de zombis. Los más bajos instintos humanos y la fuerza del valor y la lealtad convergen en unos personajes inspiradores e inolvidables. Y con un humor ingenioso que se entrelaza a la perfección con la realidad oscura de la trama».

EVA AMUEDO, autora de *El dárlico gris*

«Una novela que te hace viajar a tierras lejanas y muy extrañas sin moverte del sitio. En ella, el lector no es un mero espectador, sino que forma parte de todo. Magia y realidad en un solo libro, una odisea para los sentidos».

LEO SHADDIX, *influencer* literario

HIJO BLANCO
DE LA NOCHE

HIJO BLANCO DE LA NOCHE

Juan González Mesa



OBSCURA
e d i t o r i a l

© 2023, Juan González Mesa
© 2023, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2023, David Rendo, por la ilustración de cubierta

Primera edición: abril de 2023

Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Fotografía del autor: Antonio Atienza
Corrección: Antonia Dueñas y Obscura Editorial
Realización: La Letra, S. L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-125530-9-3
Depósito legal: B 23324-2022

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona

*A Juan Antonio González Almarcha,
mi padre, lobo de mar y de tierra*

ÍNDICE

<i>Prólogo. El bosque del caimán</i>	13
1. El pontífice roto	19
2. Imperceptible	51
3. A partir de aquí, hay monstruos	85
4. Del lado de Dios	131
5. Fantasmas de La Gomera	147
6. Dragones	165
7. Hacedor de carne	175
8. Diplomacia	205
9. Oye mi ruego	217
10. Un hombre muy guapo	237
11. Hijos de puta	265
12. La capacidad de hacer magia	285
13. El inframundo	307
14. <i>Hoka Hey</i>	333
15. La partida	361
16. El guardián de mi hermano	389
17. Un juguete de ojos disparejos	411
18. Comité de bienvenida	433
<i>Epílogo. El ancho mundo</i>	439

PRÓLOGO

El bosque del caimán

Para ser esclavos, los negros gozaban de bastante libertad. Esto quizá era debido a la soberbia de los patrones o a los límites letales de la isla. ¿Dónde iban a escapar los pobres negros, rodeados de un mar traicionero y glotón? ¿Dónde iban a ir?

Gracias a esa relativa libertad de movimiento, cuando un esclavo recibía cristiana sepultura, los *houngan* o los *mambos* se colaban en los cementerios y ejecutaban sus propios rituales de despedida tras la puesta del sol. Por eso les permitían sus sonajeros y, a veces, sus pinturas. Por eso, por esa soberbia, los blancos no se hacían la pregunta correcta: ¿dónde iban a ir ellos cuando los esclavos se levantasen?

Nadie los molestó en Bois Caïman, dentro de la plantación Le Normand de Mézy, el 14 de agosto de 1791, cuando acudieron a la llamada de Cécile Fatiman. Unas modestas hogueras, casi luces de campaña, sacaban cobre de los cuerpos de los árboles. Los esclavos habían llegado desde plantaciones de los llanos del norte. Eran más que decenas, aunque su número se perdía entre el recuento de árboles y sombras; eran cientos que parecían decenas; eran esclavos que parecían libres.

Los más aptos para el liderazgo, los más severos o fuertes, no eran nada, casi niños y niñas, comparados con Zamba Boukman. El esclavo había sido vendido a la

plantación Clément con doce años y ya entonces era grande como un adulto y lo bastante listo para hacerse pronto con los oficios de capataz y de cochero. Boukman, al que los blancos llamaban Dutty, parecía una montaña de brillos suaves y rostro áspero. Además, era un *houn-gan* respetado y con el suficiente talento para enseñar los rezos a algunos esclavos jóvenes, como Louis Setuan o Tanka Koum.

Solo la mambo Cécile Fatiman era más importante que Boukman entre los esclavos.

En cierto momento, comenzaron a guardar silencio desde las primeras filas y lo contagiaron hasta el fondo. Boukman se había levantado. Él tenía su historia. Todos tenían sus historias. La tierra se había quedado con los cuerpos azotados, quemados, violados y ahorcados de sus hijos y sus padres y sus parejas, pero no con sus historias, que anidaban en aquellas ascuas y aquellas miradas.

Cuando el silencio fue absoluto, Zamba Boukman habló:

—El que creó la Tierra, que nos da la luz desde lo alto, que menea el océano y aviva el trueno... —Señaló hacia arriba con su formidable mano de pezuña y cuero—. ¡Escuchad bien, todos vosotros, negros maltratados y roñosos!, ese loa, que está escondido en las nubes, nos mira. Ve todo lo que nos hace el hombre blanco y se queda mirando. ¡El Dios del hombre blanco los azuza a torturarnos y meternos sus vergas y matarnos de muchas formas, estoy de acuerdo! Pero peor es que un loa nos pida a cambio que seamos buenos y pacientes. ¡Mierda para todo eso! —Bajó la mano cerrada en un puño, como si hubiese atrapado una mosca—. No sé vosotros, pero yo quiero venganza. Y ninguno de los espíritus buenos nos va a ayudar. Escuchad a vuestro corazón: ¿no quiere libertad y venganza?

Los esclavos se levantaban, la sangre ahogando sus sienes y animando sus brazos. Louis Setuan, el discípulo de Boukman, sin embargo, miraba hacia abajo, con los codos apoyados en las rodillas y el machete de cortar maleza colgando de una mano desganada; conocía el final de aquel discurso.

—Hablas mal de *Sàngó*, Zamba, pero ¿qué pasa con Mamá Legba? —exigió una mambo pesada y ardorosa, al tiempo que se abría paso entre los hombres de las primeras filas—. Ella no pide venganza, pero está con nosotros, y lo sabes.

—Estará ahí cuando volvamos a necesitar sus bendiciones —respondió Cécile Fatiman.

—¡A los blancos no hay que bendecirlos! —gritó alguien—. ¡Hay que matarlos! ¡Hay que ahorcarlos hasta que caguen a su Dios!

Ante aquella proclama, muchos esclavos exigieron venganza y gritaron otras cosas que harían a los blancos, hasta que el gigante Boukman siseó como el cabo roto de un velero, abrió los brazos y pisó una de las hogueras. Su pie descalzo se quedó allí, sobre las brasas, mientras los negros guardaban silencio una vez más; algunos esperaban que por última vez.

—Si nos lanzamos a por los blancos nos matarán los blancos franceses, luego los ingleses y luego los españoles —sentenció—. Muchos moriremos; tenemos que aprovechar eso para vencer.

—¿Aprovechar qué? —gruñó uno de los esclavos.

—Que muchos moriremos —repitió el discípulo Setuan. Luego se puso en pie junto a su maestro Boukman, machete en mano, el gesto triste—. Pero nos levantaremos.

Algunos comprendieron el significado de aquellas palabras y parecieron espantados.

—¡*Bokor!* —dijo un hombre de pelo entrecano y los hombros cuajados de viejas cicatrices—. Esa magia no me gusta.

—Y tampoco me gusta a mí —concedió Boukman. A decir verdad, al ver su rostro decidido pero trágico, su gran rostro atormentado, uno podía creer que no le gustaba aquello de lo que hablaban—. Pero hay que hacerlo y se hará.

Luego, sin mediar palabra, se postró de rodillas.

—Haced que mis palabras suenen mejores cuando contéis lo que he dicho en Bois Caïman esta noche —dijo—. No volveré a hablar.

Louis Setuan atrapó la enorme cabeza de su maestro entre la mano y la cadera, y le rajó el gajate con pericia. La sangre saltó, invisible, solo un brillo oscuro que se derramaba sobre la hierba. Hubo gemidos y pasos que retrocedían. Setuan se agachó para abrazar a Boukman mientras moría. Cécile se apoyó en las rodillas y lloró una pena que llevaba días conteniendo, desde que Zamba Boukman le había contado cómo pretendía predicar.

Al poco, el enorme esclavo cayó al suelo, desmadejado. Ya no había marcha atrás para nadie, así que las docenas de asistentes a aquella reunión se acercaron entre el espanto y el respeto. ¿Quién de los presentes sería capaz de negarse, después de aquel sacrificio, a que hicieran sobre ellos un ritual que asegurase que se levantarían del suelo una vez muertos, para volver a luchar contra un francés, un español o un inglés?

Setuan mantuvo las manos cerca del cuerpo de su amigo y mentor mientras comenzaba a ejecutar el rito. *Houngan* sabios allí reunidos estudiaron los impecables movimientos preparatorios y el tono imperioso de la voz del joven. Estaba llamando a Ghedé, vaya si lo hacía, al loa de

la vida y de la muerte, el que con un ojo contemplaba el universo, oscuro y frío, y con el otro vigilaba su comida. Entonces Setuan se alzó con la esperanza de que Papá Ghedé los estuviera mirando con su ojo más hambriento; no mucho después se levantó el cadáver de Boukman, fiero y fuerte como un toro, imparable como una tormenta. Hambriento como una plaga.

Obediente como un esclavo.

—¡Libertad! —gritó Cécile Fatiman.

«¡Libertad!», corearon muchos de los negros, mientras otros gritaban: «¡Venganza! ¡Muerte al blanco!». A los pies del zombi, metieron palos en las ascuas y las convirtieron en llamas, y los palos en antorchas. Había rituales que completar, rituales que requerían sangre y ceniza.